

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION
CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS

NUMERO SUELTO 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.



Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2'50 pesetas.

NUMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTÉ PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID.....	Un mes..... 1 peseta
	Trimestre... 2,50
	Año..... 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS	Un Trimestre..... 3 pesetas
	Semestre..... 6
	Año..... 12

POR LOS MUERTOS

Combatiendo valerosamente por la patria han muerto en el combate de Peralejo el general Santocildes, su ayudante D. José Sotomayor, el capitán D. Eduardo Tomás y hasta veinticinco soldados, héroes sin nombre conocido, sin personalidad para la gloria...
Para todos ellos nuestras lágrimas y nuestras oraciones.

LA GUERRA

Hombres, más hombres, ¡más! ¡más! La manigua es insaciable. Jamás siente las náuseas del hartazgo; comiendo aumenta su apetito.

Y hombres y más hombres, alegres, sanos, robustos, jóvenes, llegan a nuestros puertos para ser transportados a Cuba.

La manigua poblada de insurrectos, de enemigos de España les espera, y la fiebre amarilla, y el vómito negro, y las calenturas de aclimatación, y la disentería, y las insolaciones, y el hambre, y las jornadas interminables, y las noches de insomnio, y el sobresalto continuo, y el plomo de los insurrectos, les esperan también.

Esa calaverada de un negro alegre de cascos, dissipador y poco escrupuloso, necesitado de rendir cuentas, é imposibilitado de justificar la inversión del dinero recibido lleva trazas de concluir con toda la briosa juventud española.

La loca aventura de un puñado de desesperados que pedían al pillaje el dinero que su holgozanería les negaba, tiene en jaque a todo nuestro ejército y en angustiosa expectación a todo el país.

De esos millares y millares de hombres que, destinados a la guerra, se embarcan en nuestros puertos cuántos volverán?, y los que lo consigán ¿en qué estado? Roidos los más fuertes organismos por las inclemencias del clima tropical, reventados por las rudas fatigas de la guerra ¡ahl de esa lozana juventud, sólo retornarán caravanas de enfermos, inútiles para el trabajo y condenados a vivir a expensas de los demás. ¡Qué triste presente y que pavoroso porvenir!

Engañar, mentir, sería la más cobarde, la más injustificable de las trapacerías.

La insurrección crece por días, por minutos. Parece que el infierno, la ayuda que todo se coaliga en contra nuestra. Cerrados los mercados de los Estados Unidos y de la Argentina a la exportación de azúcar y tabaco, principales producciones cubanas; cerrado también el nuestro por las absurdas tarifas de aduanas que colocan a los artículos antillanos en idénticas condiciones que los extranjeros; paradas las faenas agrícolas; en quiebra el comercio y la banca; muertas las industrias locales; sin trabajo los braceros; condenados a la ruina los ricos y a la miseria la clase media; con todos los destinos públicos y los municipales desempeñados por peninsulares, que sólo procuran hacerse una fortuna en poco tiempo; arrastrada a la desesperación la gran masa del país, que ve en la nulidad de nuestros gobernantes la causa de todos sus males, la insurrección crece, y crece por momentos.

Para conjurar todos estos peligros, para conjurarlos y vencerlos, contamos sólo con el valor heroico de nuestros soldados.

Si la fortuna no se obstina en volvernos la espalda, el éxito ¡quién puede dudarlo! será nuestro.

La indomable bravura de nuestros soldados es prenda segura de victoria.

Que el destino nos proteja y esto nos bastará para vencer.

EL PÚBLICO

¿Qué cosa es el público?
Mirándolo bien, es una especie de rey constitucional que reina y no gobierna.

El público es el principio, el medio y el fin de todas las cosas.

No hay nada que no se haga por el público, con el público y para el público.

El es un objeto permanente de lisonja.

El es un objeto constante de especulación.

Se le adula siempre, lo cual quiere decir que se le engaña siempre.

Si se miran los carteles que anuncian las funciones teatrales, el público es respetable.

Si se registran los prospectos, que como los lazarillos a los ciegos, llevan de la mano la primera entrega de la última novela, el público es ilustrado.

Si habla la gaceta de un periódico, describiendo alguna solemnidad, el público es siempre escogido.

No hay bando que no sea para conocimiento del público.

No hay tienda en la que todo no se encuentre a gusto del público.

¿Qué no se hace a beneficio del público!

Las calles, los paseos, las plazas, los templos y los teatros son sus dominios naturales.

El público es inviolable por su naturaleza.

Si un caballo se desboca en medio de una calle y estropea a un niño, a una mujer ó a un anciano, padecen tres individuos particulares, pero el público queda ileso.

Hay ocasiones en que pierde su generalidad y se individualiza.

Un bando prohíbe que las personas que lleven alguna carga transiten por las aceras, con el fin de que no incomoden al público.

Dos individuos que no tienen mucho que hacer se encuentran en la acera de la calle más concurrida, se paran y entablan su diálogo.

La gente echa entonces por el arroyo para no incomodar al público.

Entra un coche en una calle al mismo tiempo que de ella sale mucha gente; todo el mundo abre paso, se estrecha, retrocede, se estruja y se aplasta para que pase el público representado por dos caballos, un coche y un cochero.

El público es además irresponsable.

Es un periódico de todas las horas, donde se puede imprimir la difamación sin miedo a leyes, donde se puede acusar sin pruebas.

Es un tribunal donde se juzga sin oír y se condena sin apelación.

Los repartidores del periódico son los ociosos, los jueces del tribunal son los envidiosos.

El público está en todas partes, y todo lo repite como un eco.

Sin embargo, él es respetable, ilustrado, escogido, imparcial, justo.

Hay que tributarle ese homenaje de adjetivos para que no se le ocurra jamás dudar de sí mismo.

El público es el privado de los tiempos modernos.

Parece imposible que se llame público una cosa que solo se compone de particulares.

Todo lo que es público pertenece al dominio de todos.

Por eso cada uno tiene su público.

El público que asiste a la primera representación de una obra dramática, es casi siempre un público particular.

Tiene el aire desdeñoso, la cara seria, el aspecto frío.

La obra que va a someterse a su dictamen no está juzgada y quiere rodearse de toda la severidad de un juez.

Generalmente no se atreve a aplaudir, y rara vez desciende a silbar.

El público de la segunda noche recibe la actitud del público de la primera como una orden, y corona el triunfo de la obra con sus aplausos ó la hunde con sus silbidos.

Parece que el primero juzga y el segundo ejecuta.

Lo que se ve es que el público necesita siempre una inspiración para decidirse, venga de donde quiera.

El público político tiene un recinto estrecho donde no le es permitido ni murmurar siquiera.

En el Senado y en el Congreso se llama el público de las tribunas.

Este público es siempre de oposición.

Se compone generalmente de hombres que toman su ma-

lestar por opinión, y sus desgracias particulares por las desgracias de la patria.

Acuden a fortificar su descontento con los discursos de las oposiciones, llevando su convicción hecha, ó mejor dicho su animadversión.

El público de los cafés es también un público particular. Digámoslo con franqueza: los cafés son las tabernas de las gentes que llevan levita.

Este público es, como si dijéramos, la gaceta del periódico, la crónica de la capital.

Un chisme arrojado en medio de un café, se propaga como la luz.

Muchas veces en una taza de té se ahoga la reputación de un hombre, y con el humo de un cigarro se empaña la honra de una mujer.

Este es el público encargado de repartir los cuentos que hacen reír y los cuentos que hacen sangre.

Este es el público que mata el tiempo, que hace tiempo y que pierde el tiempo.

El público de los paseos es el más numeroso, porque es la reunión de todos los públicos.

Dudo de que el público sea discreto, porque no he visto jamás que guarde el secreto de nadie.

Es la atmósfera de la sociedad: es la respiración de un pueblo.

No hay humillación en dudarlo, ni peligro en deprimirlo.

Va donde lo llevan, toma lo que le dan y da lo que le piden.

Espejo móvil que solo refleja los colores que tiene delante.

El da las reputaciones y él las quita.

Un día habla de la toma de Malakoff, otro día de un vestido ó de un baile.

Como a un niño, se le pone un juguete sobre la mesa y juega con él, sin pensar en otra cosa.

La curiosidad es su pasión, la murmuración su vicio, la integridad su virtud.

El chiste que más le hace reír, es ver a un hombre que se le van los pies y que cae de boca.

Esto es verdad, pero se le entusiasma fácilmente con los grandes sentimientos.

Es un gran novelista: entregadle un argumento y él publicará enseguida una colección de novelas.

En la expresión se apropia las frases más enérgicas, más concisas y más claras; en las ideas admite todos los errores; en los sentimientos distingue siempre los más nobles.

No le gusta pensar, quiere sentir.

Los filósofos le fastidian, los poetas le encantan.

No apetece pensamientos, quiere sucesos.

Nunca admira tanto al que le enseña, como al que le conmueve.

Su fuerza es la costumbre, su debilidad es la moda.

JOSÉ SELGAS.

EL GENERAL FUENTES

El general Fuentes ha sido declarado, no sabemos si de real orden, loco de «solemnidad».

Siempre habíamos dudado de la razón de ese hombre. Cuando abofeteó a Sidi Brisha, no pudimos por menos de decir: «ese pobre general debe tener perturbadas sus facultades mentales».

Porque toda grandeza, toda acción noble y justa, es calificada de locura en estos tristes tiempos que corremos.

Y dan ganas de renegar de la razón, como protesta de ese modo de juzgar de la gente..

Si, han hecho bien en declarar falto de razón a ese desventurado. Porque solamente a un hombre sin juicio se le podría ocurrir la idea insensata de erigirse en vengador de todo un pueblo.

La bofetada del general Fuentes fué un acto de justicia, pero fué también un acto de demencia.

DON QUIJOTE.



Lit. Jesús del Valle, 36.

LA GRAN CAMPANADA. (Parodia del cuadro "La campana de Huesca.")

Ayuntamiento de Madrid

El honor nacional quedó vengado con aquella bofetada...
¿Pero quién era el general Fuentes, para abrogarse la representación de todos sus conciudadanos?
Además, ¿qué le importaba á él, qué podía importarle á él, las ofensas que habían inferido á nuestra bandera esos saltajes de rifeños?
¿Es que el general Fuentes se creía con más pundonor, con más dignidad que todos los españoles juntos?
Pues condenéle á la celda de un manicomio, como justo castigo á su satánica soberbia, á su necio orgullo.

Alguien llamó al general Fuentes, entusiasmado por el acto que realizara, «el último español».
Hacemos nuestra la frase. Ese hombre, abofeteando al embajador marroquí Sidi Brisha, quiso demostrarnos que aun había en España hombres de valor y de vergüenza.
Aquella bofetada significaba una protesta contra la paz de Marrasket, contra todas las vergüenzas de Melilla.
Y ahora resulta que aquella representación viva de nuestras pasadas grandezas, que aquel hombre á quien se le consideraba como «el último español», está loco de remate.
¡Oh, sí, renegamos de la razón, si la razón significa sólo interés y egoísmo!



AL PERRO DE CÁNOVAS (1)

ODA

¿Y eres tú el que, ladrando en la huerta de Cánovas Primero, asustas al país de cuando en cuando y te sientes, á veces, cancerbero?
¿Tú, el que fuiste prudente con la vil turba? Tengo la certeza de que habrá mucha gente que te diga ¡oh dolor! ¡adáy probezal! Todo nos lo ha contado tu dueño la otra tarde en el Senado; si aquel nefasto día no te hubieran guardado esos Ramones de menor cuantía, que te tratan con mimo y con respeto; si te hubieran soltado á las turbas feroces que por allí pasaron dando voces, ¡sabe Dios lo que hubiera sucedido! mas... les has perdonado, ¡no has mordido!
¡Oh, cáñ! (2) ¿Cómo te llamas? Porque creo que no será tu nombre respetado, impropio, cursi, diminuto ó feo; que no te llamarás, por de contado, *Alí, Canelo, Babolá, Catito, Culebrín, Pitusillo ni Cholito...*
El tuyo será un nombre más terrible; te llamarás *Sultán, Tigre, Irascible, Fiera, Plutón, Pum-pum, Devora-cerros, León...*, un nombre así como estos nombres, que si tu amo es un monstruo entre los hombres, tú eres también un monstruo entre los perros.
¿Quién más grande que tú, perro eminente en esta pobre sociedad presente?
¡Ya lo ves! Has llegado en un momento de la inmortalidad al alto asiento; y á más de tu figura, modelo de elegancia y de hermosura, tienes ingenio, discreción, talento, bastante ilustración, buena memoria, gracejo natural, orejas críticas...
¡Tú irás á la Academia de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas! Sí; que aunque eres modesto, como tienes tan bellas cualidades, has de ocupar un elevado puesto y el asombro serás de las edades. Si no termina tu existencia hermosa, si tú llegas á viejo, tú serás director de cualquier cosa y serás presidente del Consejo; entrarás en la casa inmortal de la calle de Valverde, ¿y cómo no? si vales más que Isasa mucho más que Fernández Villaverde, pues, á lo menos yo, sólo entendido, prefiero á sus discursos tu ladrido.
Adios, y gracias, sí, que has evitado un día más de luto á nuestra villa; ahora sé precavido, ten cuidado con la de Bosch municipal morcilla, y, ya que tu actitud nos ha salvado y ahora eres el escudo de pobres y de ricos,
¡Oh, cáñ! ¡Con entusiasmo te saludo y te lanzo este canto á los hocicos!

GIL PARRADO.

(1) De la obra *Venas políticas*, de venta en todas las librerías.
(2) El lector comprenderá perfectamente que no podía faltar el tan acreditado ¡oh!, indispensable en todas las odas.

GOBERNANTES Y PANADEROS

Unelos simpatía invencible. Ambos viven del pueblo. Berruga inmensa que nutre y crece á expensas del bien común. El gremio de tahoneros cuenta con muchos votos, con cantidad de votos suficiente para que, unida á la de los muertos y ausentes, aseguren la más disputada elección, y el gobierno, por esta razón, concede impunidad al fraude.

Es un pacto bilateral, para cuyo exacto cumplimiento no han menester los requisitos legales. Garantiza su cumplimentación la reciprocidad de mutuas conveniencias.

El gasto del pan apenas altera el presupuesto del rico. Es simplemente un detalle sin importancia. La adquisición del pan, y, casi nunca no de todo el necesario, consume las tres quintas partes del haber del obrero y de las tristes familias de la clase media, condenadas por fatalidades de la organización social imperante á las más crueles privaciones. Hartarse de pan, de todo el pan que su vieja necesidad reclama, es sueño que pocas veces logran ver realizado la mayoría de los trabajadores.

El pan ha dejado de ser artículo de primera necesidad, y hoy es artículo de lujo, de verdadero lujo. La avaricia de los dueños de tahonas asociadas, casi formando sindicato lo quiere. ¿Que esta es causa de la miseria pública? Y á ellos ¿qué les importa? El pan caro y mermado en el peso; eso deciden y eso hacen. Y el hambre de las clases jornaleras crece y sus trágicas consecuencias, las enfermedades que enjendra, vacían las casas y llenan hospitales y cementerios. Es el robo complicado de asesinato. Los gobernantes dejan hacer, á ellos nada les importa; el pan ocupa lugar secundario en sus oprimadas mesas, y el gremio de dueños de tahonas en cambio dispone de numerosos votos.

El Código penal vigente, hecho por los ricos y para los ricos, tiene para los ataques á la propiedad crueldades salvajes. El miserable que lanzado por la desesperación se apropia de lo que no es suyo, dá con su cuerpo en las delicias de un penal, por insignificante que sea el robo que haya cometido, pero este mismo Código tiene complacencias escandalosas para ciertos privilegiados. La merma en el peso de un panecillo, por ejemplo, no constituye delito. El exiguo importe de la cantidad sustraída al consumidor excluye toda penalidad. Y nuestras autoridades no se fijan en estas pequenezes.

En desacuerdo actualmente obreros panaderos y patronos, declarados los primeros en huelga, el gobierno obediente á sus simpatías se ha puesto desde el primer momento al servicio de los patronos.

Pero el hecho es lógico; el gremio de dueños de tahona dispone de muchos votos.

LANZADAS

Motines de la semana:

En Peralta.

En Palma.

En Ribadavia.

(A suivre).

Se habla de inteligencias políticas entre los señores Silvela y Nocedal.

¡Conjunción siniestral!

La serpiente y la lechuza en contubernio.

El Sr. Nido, exgobernador «superior» y tal, de Guadalajara, va á ser nombrado consejero de Estado. He ahí un consejero fin de Siglo.

De una exposición dirigida por *La Voz de Guipúzcoa*, á la señora regente:

«Con los ministros que ahora usa V. M. no hay momento seguro.»

¡Cielos!

Se ha enviado á Cuba una gran cantidad de quinina. ¿Para el general Martínez Campos?

Dice, al verse sin destino,

el sagastino D. Juan:

—Ayer fui á San Sebastián

y hoy jiré á San Bernardino!

Estos carlistas son deliciosos.

Lean ustedes y regocijense:

«Con motivo de la fiesta onomástica del marqués de Carralbo, recientemente celebrada, D. Carlos de Borbón le ha concedido el *Toisón de Oro*».

¡Cómo! ¿El Toisón de Oro?

¡Pero no quedamos én que se lo robó Bonet!

Frases sueltas:

Eze Emilio ez más vanidosillo... Si va á un entierro, quisiera ser el muerto; si va á una boda, quisiera ser la novia.—D. Antonio.

Con los cuernos ocurre lo mismo que con los dientes que duelen al nacer y después se come con ellos.—P.

¡Fabié! ¡No me habéis de Fabié! ¡Eze ez un tonto adulterado por el estudio!—D. Antonio.

¡Becerra, tienes nombre de animal!—Incógnito.

—¿Y el escribano Sancho?

—Bueno; gracias.

—¿Y Miguel Lumbreras?

—¡Veraneandol!

—¿Y el juez Zapata?

—¡Idem, idem!

—¿Y la policía?

—¡Tan frescal!

El señor obispo de Sión, según leemos en un periódico, ha decidido no salir este año á veranear.

—¡Adios, Nazarin!

Algunas señoras de Palencia, á quienes preside un llamado Fray Jaime Prats, han publicado una hoja excitando á los vecinos de aquella población á que no compren en las tiendas «que profanan el día del Señor no cerrando sus puertas los domingos.»

Yo diría á esas señoras de Palencia,

si no me lo impidiera la Doctrina,

y á más de la Doctrina la prudencia:

—¡Id á hacer propaganda á la cocinal!

SANTIAGO

Recostados en la fachada del palacio están los gigantes, los enanos y la necesaria tarasca. La catedral está abierta, pero la fiesta religiosa ha terminado. La gente se apiña buscando en las gradas del majestuoso templo un lugar donde poder ver, hasta en sus menores detalles, el baile del pueblo; este vestido con su característico traje, hecho de telas de brillantes colores, llena la plaza, transformándola en uno de esos campos sin cultivo donde crecen con profusión las amapolas y otras plantas cuando el viento agita sus corolas. Aquello era hermoso, pero no llenaba mis deseos. Me decidí á recorrer la población, y andando, andando, y admirando sus recuerdos y sus bellezas, casi dí la vuelta y llegué junto á la calleja estrecha donde ocurrió el crimen que ha hecho célebre el nombre de Fernán-Pérez Churruchao. Yo sabía lo que la historia cuenta de él, pero quise conocer la tradición popular, no la que amolda á sus conveniencias el clero y la nobleza, ni la que pule y desfigura el escritor buscando un premeditado efecto para el final de un acto ó un capítulo.

Yo quería oír la tradición que guarda el pueblo ignorante, el erudito de la taberna, la marisa bidilla del barrio, la vieja octogenaria. Frente al castillo de Churruchao había oído la relación del trágico suceso á un ilustre poeta gallego, notable diplomático y juriconsulto. Aquella historia, así descrita, me había conmovido. Después deseé oírlo con estilo diferente, tal vez desfigurada del todo por la ignorancia ó la malicia, como á nadie agrada, como me encanta á mí, porque así logro aprender el hecho y el comentario, el efecto y la causa.

Y como hallé un mendigo, que en todas partes hay pobres, y en Galicia no escasean, le hice mi pregunta en terminos corteses, y él me contestó de esta manera:

«Aquí murió un obispo que no se como se llamaba, y le mató un noble que se decía Fernán-Pérez Churruchao. La cosa pasó así:—El noble tenía una hermana más hermosa que todas las flores de esta provincia, y el obispo se enamoró de la hermana, y luego hizo con ella no se qué, pero algo malo. Entonces Churruchao, un día que iba el obispo por aquí con Dios en las manos, fué y le mató. Después empezó á hacer penitencia para no morir condenado, porque nadie pasaba por esta calle, porque había caído Dios al suelo cuando mataron al obispo, y el Papa había excomulgado al otro, y Churruchao se fué á Roma á conseguir la absolución, pero el Papa no quiso dársela. Entonces un cardenal le aconsejó que hiciera lo siguiente, le dijo así:

—Mañana, cuando salgamos el Padre Santo y yo á paseo, escapa usted á correr á caballo hacia un precipicio (hacia un precipicio que había cerca del paseo), y el Papa, al ver un hombre que va á morir, le perdonará todos sus pecados.

—Bueno; al siguiente día iban paseando los dos, el cardenal y el Papa, y de repente un hombre, montado en un caballo, camina á todo escape hacia el precipicio. No puede salvarse. Ya no le faltan sino algunos pasos para morir, y el cardenal le dice al Papa:

—Señor, ese hombre va á morir en pecado mortal, dadle la absolución.

—Yo se la doy—contestó el Papa—sino es Fernán-Pérez Churruchao.

En aquel instante se hundía el caballo en el barranco.»

Yo pregunté al pobre si había obrado bien el Papa, y no supo contestarme; pero me aseguró que si él hubiera sido Fernán-Pérez Churruchao, acaso hubiera hecho lo mismo que él.

Después le di una moneda y me puse á reflexionar sobre las últimas palabras del mendigo, y aun sigo pensando, si bien estoy por creer que Papa, obispo y noble todos pecaron.

SILVERIO LANZA.

Diego Pacheco, impresor.—Plaza del Dos de Mayo, 5.